

Yukio  
Mishima  
Confesiones  
de una máscara



Koo-chan, el joven narrador de *Confesiones de una máscara*, es un alma atormentada por una sensibilidad turbadora que va creciendo con el estigma de saberse diferente a los demás. De aspecto débil y enfermizo, solitario y taciturno, de extracción menos favorecida que sus compañeros, irá descubriendo sus inclinaciones homosexuales cuando se siente atraído por Omi, un chico de fuerte constitución. Pero, esclavo de lo convencional, no puede aceptar que trasciendan sus diferencias y deseos, por lo que establece una relación con Sonoko, la hermana de su amigo Kasuno, intentando convencerse de que está enamorado de ella. Mientras asume su escaso poder para amar, irán aflorando sus fantasías y su fascinación por la belleza entremezclada con la sangre, la violencia, la muerte..., escenificadas en el cuadro de Guido Reni que representa el martirio de San Sebastián.

*Confesiones de una máscara* es un clásico de la narrativa moderna. Narrada en primera persona, ha sido considerada como una de las novelas más autobiográficas de Mishima. Polémica en su momento por su temática, fue su primer gran éxito literario que lo catapultó a la fama. Escrita con deslumbrante perspicacia y emotividad, y el culto a la palabra y a la estética que lo caracterizó, Mishima describe el camino de luces y sombras de Koo-chan, quien, para sobrevivir en aquel Japón de los años treinta y cuarenta, debe ocultarse tras una máscara de corrección, convirtiendo su vida en un escenario, en una mascarada en la que confluyen la realidad con las apariencias.

¡La belleza es cosa terrible y espantosa! Es terrible debido a que jamás podremos comprenderla, ya que Dios sólo interrogantes nos plantea. En el seno de la belleza, las dos riberas se juntan y todas las contradicciones coinciden. No soy hombre culto, hermano, pero he pensado mucho en este asunto. ¡Ciertamente, los misterios son infinitos! Son demasiadas las interrogaciones que aplastan al hombre contra la tierra. Forjamos las hipótesis que podemos, sin jamás llegar a certeza alguna. No puedo siquiera soportar el pensamiento del hombre de corazón noble y mente pura que comienza con el ideal de la Santa Virgen y termina con el ideal de Sodoma. Es más espantoso todavía que el hombre con el ideal de Sodoma en su alma no renuncie al ideal de la Santa Virgen, y que, en el fondo de su corazón, todavía arda, arda sinceramente, en deseos de alcanzar el bello ideal, lo mismo que en sus días de juvenil inocencia. Sí, el corazón del hombre es vasto, excesivamente vasto quizá. Lo preferiría más angosto. ¡El diablo conoce muy bien el corazón humano! Y así vemos que aquello que el intelecto considera vergonzoso, a menudo le parece de espléndida belleza al corazón. ¿Hay belleza en Sodoma? Creedme, muchos son los hombres que encuentran su belleza en Sodoma. ¿Sabíais este secreto? Lo más horroroso es que la belleza no sólo es aterradora, sino también misteriosa. Dios y el Diablo luchan en ella, y su campo de batalla es el corazón del hombre. Pero el corazón del hombre sólo de su dolor quiere hablar. Escuchad, que os contaré lo que dice...

DOSTOIEVSKI (*Los hermanos Karamázov*)

I

Durante muchos años afirmé que podía recordar cosas que había visto en el instante de mi nacimiento. Cuando decía eso, los mayores, al principio, se reían; pero luego se preguntaban si intentaba burlarme de ellos, y miraban con desagrado la pálida cara de aquel niño tan poco infantil. A veces lo decía en presencia de visitantes que no eran íntimos de la familia y, en esos casos, mi abuela, temerosa de que me tomaran por idiota, me interrumpía secamente y me ordenaba que fuera a jugar a otra parte.

Cuando de su risa aún les quedaba el rastro de la sonrisa, los mayores intentaban por lo general refutar mi afirmación empleando a ese fin explicaciones más o menos científicas. En el intento de hallar razones al alcance de la mente de un niño, siempre comenzaban a parlotear, con no poco celo y espectacular actitud, diciendo que los ojos de un niño no están aún abiertos en el momento de nacer, y que, incluso en el caso de que estén del todo abiertos, el recién nacido no puede ver las cosas con claridad suficiente para recordarlas.

«¿Lo entiendes, verdad?», solían decir, cogiendo por el hombro al niño, todavía no convencido, y sacudiéndolo suavemente... Pero en ese preciso instante parecía que en su mente naciera la idea de que estaban a punto de caer en la trampa que el niño les había tendido, pensando: «Incluso sabiendo que se trata de un niño, no debemos bajar la guardia; este golfillo seguramente pretende que le expliquemos "este asunto", y, si lo hacemos, cómo vamos a evitar que nos pregunte, con todavía mayor inocencia infantil:

“¿De dónde vengo? ¿Cómo nací?”». Y por eso los mayores terminaban volviendo a mirarme de la cabeza a los pies, con una sonrisita helada en los labios y dándome a entender que, por una razón que yo jamás llegaría a comprender, los había ofendido profundamente con mis palabras.

Pero sus temores no tenían fundamento. Carecía yo de toda intención de preguntar acerca del «asunto». E incluso en el caso de que hubiera tenido tales intenciones, temía tanto ofender a los mayores, que la idea de emplear argucias jamás podía ocurrírseme.

Por muchas explicaciones que me dieran, por mucho que, mediante risas, se desembarazasen de mí, yo seguía creyendo que recordaba mi nacimiento. Quizá la base en que se fundaba este recuerdo consistiera en alguna que otra frase que había oído decir a alguien que había estado presente en aquella ocasión, o tal vez todo se debiera a una imaginación terca. Fuere lo que fuere, una cosa había que estaba convencido de haber visto con mis propios ojos. Era el borde del recipiente en que me dieron el primer baño de mi vida. Se trataba de un recipiente nuevo, con superficie de madera pulida hasta el punto de tener brillo y suavidad de seda. Y, hallándome yo dentro, mi vista observaba el destello de un rayo de luz al incidir en el borde de la pequeña bañera. La madera sólo destellaba en aquel punto, y parecía oro. Las salpicaduras de agua saltaban hacia lo alto, al ondularse la líquida superficie, como si quisieran lamer aquel punto, pero no llegaban a él. Y ya fuese debido a un reflejo, ya a que aquel rayo de luz se prolongaba hasta el agua, la zona de ésta situada debajo de aquel punto resplandecía suavemente, y olas menudas y brillantes saltaban y entrechocaban allí...

La más sólida refutación de la verdad de este recuerdo radicaba en que no nací en horas en que luce la luz del sol, sino a las nueve de la noche. No podía haber sol. Incluso cuando burlescamente me decían: «Seguramente sería una luz eléctrica», muy poco me costaba incurrir en el absurdo

de creer que, incluso si hubiese sido medianoche, allí habría estado aquel rayo de sol incidiendo, al menos, en cierto punto de la bañera. Y de esa manera, el borde de aquella y el destello que en él había quedaron grabados en mi memoria como una realidad que sin la menor duda había visto durante mi primer baño.

Nací dos años después del Gran Terremoto. Diez años antes, a consecuencia de un escándalo que se produjo mientras mi abuelo desempeñaba el cargo de gobernador colonial, éste, asumiendo la responsabilidad de los actos culpables cometidos por uno de sus subordinados, dimitió. (Conste que no he empleado eufemismos, ya que, hasta el momento presente, jamás he visto una confianza tan insensata en los seres humanos como la de mi abuelo). A partir de entonces, mi familia experimentó una veloz decadencia, y en su carrera cuesta abajo se comportó con tan feliz tranquilidad que casi puede decirse que tarareaba alegremente mientras más y más se hundía, mientras contraía formidables deudas, mientras cerraba sus casas, vendía las fincas... Y luego, cuando las dificultades financieras llegaron a su punto máximo, mi familia se entregó a una morbosa vanidad que ardía en llamas más y más altas, como si un perverso impulso las alimentara.

A consecuencia de eso, nací en un barrio de Tokio que no podía considerarse uno de los mejores, y en una vieja casa alquilada. Se trataba de un edificio de ostentosas pretensiones, en una esquina, con aspecto destartado y que causaba impresión de sordidez y decadencia. Tenía una imponente verja de hierro, un jardín delante y un vestíbulo de estilo occidental de la amplitud de una iglesia de suburbio. Su forma era escalonada y en el nivel superior tenía dos pisos, en tanto que en el inferior tenía tres. Sus numerosas estancias se hallaban siempre en triste penumbra, y la servidumbre estaba constituida por seis criadas.

En aquella casa, que gemía igual que una vieja cómoda, diez personas se levantaban por la mañana y se acostaban

por la noche. Eran mi abuelo y mi abuela, mi padre y mi madre, y la servidumbre.

La raíz de los problemas familiares se encontraba en la pasión que mi abuelo sentía por iniciar grandes empresas y en la mala salud y las extravagancias de mi abuela. El abuelo, tentado por los dudosos proyectos que sus amigos le proponían, a menudo efectuaba largos viajes, llevado por sus sueños de conseguir riquezas. Mi abuela pertenecía a una familia muy antigua, por lo que despreciaba y odiaba a mi abuelo. Mi abuela estaba dotada de un espíritu de estrechas miras, indomable y enloquecidamente poético. La neuralgia crónica minaba indirecta y constantemente su sistema nervioso, y, al mismo tiempo, aguzaba estérilmente su intelecto. ¿Quién sabe si acaso aquellas depresiones que mi abuela padeció hasta su muerte no eran el rastro que en ella habían dejado los vicios a que mi abuelo se había entregado en su juventud?

A aquella casa llevó mi padre a mi madre, a la sazón frágil y bella recién casada.

Por la mañana del día 4 de enero de 1925, mi madre comenzó a sentir los dolores que anunciaban el parto. A las nueve de la noche dio a luz un niño que pesó dos kilos con doscientos sesenta y ocho gramos.

En la tarde del día 7, ese niño fue vestido con pañales de franela y seda color crema y con un kimono de crespón moteado. En presencia de cuantos vivían en la casa, mi abuelo escribió mi nombre en papel ritual y puso éste en el templete de ofertorio de la *tokonoma*.

Durante mucho tiempo, tuve el cabello claro, casi rubio, pero me lo pringaron con aceite de oliva hasta que, al fin, se volvió negro.

Mis padres vivían en la segunda planta de la casa. Con el pretexto de que era peligroso criar a un niño en el piso alto, mi abuela me arrancó de los brazos de mi madre cuando yo contaba cuarenta y nueve días. Instalaron mi cama en el dormitorio de enferma de mi abuela, siempre ce-

rrado y con el aire impregnado de los olores de la enfermedad y de la vejez, y fui criado allí, junto a la cama de la enferma.

Cuando tenía un año me caí desde el tercer peldaño de la escalera y me hice un herida en la frente. Mi abuela había ido al teatro, por lo que mi madre y las primas de mi padre habían aprovechado aquel respiro para charlar y divertirse ruidosamente. Mi madre tuvo que subir algo al segundo piso. Yo la seguí, se me enredaron los pies en la cola de su kimono, que arrastraba por el suelo, y me caí.

Llamaron por teléfono al teatro Kabuki, en el que se encontraba mi abuela. Cuando llegó, el abuelo salió a recibirla. Se quedó clavada en el vestíbulo, sin quitarse los zapatos, apoyada en el bastón que sostenía con la mano derecha, y fija la mirada en mi abuelo. Cuando habló, lo hizo con voz extrañamente serena, formando cada palabra, como si las tallara en madera:

—¿Ha muerto? No.

Luego se quitó los zapatos y avanzó por el corredor, con pasos seguros, pasos de sacerdotisa.

En la mañana del primero de año anterior a mi cuarto cumpleaños, vomité un líquido del color del café. Llamaron al médico de la familia. Después de examinarme dijo que dudaba de que llegara a sanar de aquella afección. Me pusieron inyecciones de alcanfor y de glucosa, hasta que mi cuerpo quedó como un acerico. Mi pulso, tanto en la muñeca como en la parte superior del brazo, llegó a ser imperceptible.

Pasaron dos horas. Todos miraban mi cadáver. Confeccionaron apresuradamente una mortaja, recogieron mis juguetes predilectos y se reunieron todos los familiares. Pasó casi otra hora y, de repente, oriné. El hermano de mi madre, que era médico, dijo: —¡Vive! Y afirmó que la orina indicaba que el corazón había vuelto a latir.

Oriné un poco más. Despacio y progresivamente, una vaga luz de vida reanimó mis mejillas.



Esa enfermedad —autointoxicación— llegó a ser crónica. Me afectaba una vez al mes, a veces levemente y otras con carácter grave. Tuve muchas crisis. Por el sonido de los pasos de la enfermedad al acercarse a mí, llegué a determinar si el ataque me llevaría a las puertas de la muerte o no.

El recuerdo más remoto, recuerdo fuera de toda duda, que conservo en imágenes de extraña vividez, se refiere a un hecho ocurrido en aquella época.

Recuerdo que me llevaban de la mano, aunque no sé si era mi madre, una niñera, una criada o una de mis tías. Tampoco recuerdo con claridad la estación del año. El sol de la tarde iluminaba débilmente las casas que se alzaban en la ladera. Llevado de la mano por aquella mujer olvidada, subía la cuesta camino de mi casa. Alguien bajaba hacia nosotros, y la mujer tiró de mi mano. Nos apartamos y esperamos quietos al lado del camino.

No cabe la menor duda de que la imagen que entonces vi ha adquirido nuevo significado a través de las incontables veces que la he vuelto a ver, que la he intensificado, que he centrado en ella la atención. Sí, ya que en el ámbito del nebuloso perímetro de esa escena, solamente la figura de aquel «alguien que bajaba» destaca con desproporcionada claridad. Y con razón, porque esa imagen es la primera de las que me han atormentado y aterrado toda mi vida.

Quien bajaba hacia nosotros era un hombre joven, de hermosas y coloradas mejillas y ojos resplandecientes, con una sucia tira de tela alrededor de la cabeza para contener el sudor. Bajaba, llevando sobre un hombro una larga pieza de madera de la que pendían cubos de inmundicia nocturna, y hábilmente armonizaba sus pasos con el balanceo de la madera, manteniéndola así en equilibrio. El hombre de las inmundicias nocturnas era el encargado de llevarse los excrementos. Iba vestido de obrero y calzaba una especie de zapatillas que dejaban al descubierto los dedos de los

pies, con suela de goma, y parte superior de tela de saco. Llevaba pantalones de algodón, azules y muy ceñidos.

El examen a que sometí a aquel joven fue insólitamente minucioso para un niño de cuatro años. A pesar de que entonces no me di clara cuenta de ello, aquel muchacho representó para mí la primera revelación de cierto poder, la primera llamada, a mí dirigida, por una voz extraña y secreta. Es revelador que esta llamada se expresara, por vez primera, con la forma de un porteador de inmundicias nocturnas. El excremento simboliza la tierra, y no cabe duda de que fue el malévolo amor de la madre tierra lo que me tentó.

Tuve el presentimiento de que en este mundo se da un deseo de tal especie que es como un punzante dolor. Al levantar la vista y mirar a aquel sucio muchacho, me sentí ahogado por el deseo, pensando: «quiero cambiarme por él»; pensando: «quiero ser él». Recuerdo claramente que mi deseo se centraba en dos puntos principales. El primero de ellos eran los ceñidos pantalones azules, y el segundo era el trabajo del muchacho. Los ceñidos pantalones destacaban claramente las líneas de la parte inferior de su cuerpo, que avanzaba con suave agilidad y parecía dirigirse directamente hacia mí. En mi interior nació una inexplicable adoración hacia aquellos pantalones. No comprendía por qué.

Y su trabajo... En aquel instante, de la misma manera que otros niños, que en cuanto pueden usar la memoria desean ser generales, me poseyó la ambición de llegar a ser porteador de inmundicias nocturnas. El origen de esa ambición quizá se hallara, en parte, en los ceñidos pantalones azules, pero no íntegramente. Con el paso del tiempo esa ambición adquirió más y más fuerza y, al crecer en mi interior, tuvo un extraño desdoblamiento.

Quiero decir que sentía hacia el trabajo de aquel hombre algo parecido al deseo de experimentar un dolor penetrante, una pena que atormentara el cuerpo. La ocupación

de aquel muchacho me produjo una sensación de «tragedia», en el sentido más sensual de esta palabra. Cierta sensación parecida a la de «abnegación», cierta sensación de indiferencia, cierta sensación de intimidad con el peligro, una sensación semejante a la de la mezcla entre la nada y el poderío vital; todas esas sensaciones emanaban tumultuosamente de la función de aquel muchacho y quedé en ellas sepultado, quedé apresado en ellas a la edad de cuatro años. Probablemente tenía una idea errónea de lo que es el trabajo de un porteador de inmundicias nocturnas. Probablemente me habían hablado de otro trabajo y, engañado por el atavío de aquel muchacho, había vertido su ocupación en el molde de aquella otra de que me habían hablado. Es la única explicación que se me ocurre.

Seguramente a eso se debió, ya que llegó el momento en que, sintiendo aquellas mismas emociones, tuve la ambición de ser conductor de *hana-densha*, aquellos tranvías tan alegremente adornados con flores en los días de festejos populares, o bien revisor del metro. Ambas ocupaciones me producían una fuerte impresión de «un vivir trágico», de un vivir que yo desconocía y al que, al parecer, no me permitían acceder. Eso era de especial aplicación a los revisores del metro. Las filas de dorados botones en la chaqueta, como una guerrera, de sus azules uniformes, se mezclaban en mi mente con el olor que impregnaba el aire del ferrocarril subterráneo en aquellos tiempos —olor a caucho o a menta—, y evocaba con gran facilidad asociaciones con «cosas trágicas». No sé por qué estimaba que era «trágico» que una persona se ganara la vida en un ambiente con aquel olor. Las vidas y los hechos que discurrían sin guardar relación alguna conmigo, en lugares que no sólo ejercían atracción sobre mis sentidos sino que, además, me estaban vedados, juntamente con todas las personas que rodeaban a unas y otros, eran lo que yo consideraba «cosas trágicas». Parecía que mi pena por estar enteramente excluido de aquello siempre se transformaba, en mis sueños, en pena

hacia aquellas personas y su manera de vivir, y que intentaba compartir su existencia solamente como méritos de mi pena.

Si realmente era así, aquellas mal llamadas «cosas trágicas» de las que comenzaba a tener conciencia constituían solamente sombras proyectadas por los destellos de un presentimiento de una futura pena más dolorosa, de una exclusión aún más desoladora que todavía no se había producido.

Hay otro recuerdo primerizo referente a un libro con ilustraciones. Aprendí a leer y a escribir a los cinco años, y todavía no podía leer el texto de aquel libro, por lo que ese recuerdo seguramente se remonta también a mis cuatro años.

Por aquel entonces tenía varios libros con ilustraciones, pero me encapriché, total y exclusivamente, con aquel libro y sólo con aquél, y además a causa de una sola reveladora ilustración. Podía pasar tardes enteras, tardes aburridas, dedicado a contemplar aquella ilustración y a soñar; pero si alguien se acercaba al lugar en que yo me encontraba, me sentía culpable sin razón alguna y me apresuraba a pasar la página. La vigilancia de una enfermera o de una niñera me resultaba insoportable. Ansiaba gozar de una vida en la que pudiera contemplar aquella ilustración todo el día. Cuando abría el libro por aquella página, el corazón me latía más deprisa. Las restantes páginas nada significaban para mí.

La ilustración mostraba a un caballero en un blanco corcel y con la espada en alto. El caballo, dilatados los ollares, golpeaba el suelo con sus poderosas patas delanteras. En la armadura del caballero había un hermoso escudo de armas. El caballero, de bello rostro, miraba con la celada y blandía la temible espada, recortada contra el cielo azul, enfrentándose con la Muerte o, por lo menos, con un objeto que le atacaba rebosante de maligno poderío. Estaba yo convencido de que aquel caballero moriría en el instante si-

guiente. Si volvía la página, le vería sin la menor duda en el instante de morir.

Antes de que se adquirieran los conocimientos precisos, no cabe duda alguna de que existe un recurso por el cual las ilustraciones de un libro pueden ser transformadas en lo que serán «en el instante siguiente».

Pero un día mi institutriz abrió aquel libro precisamente por aquella página. Y mientras yo dirigía una rápida mirada de soslayo a la ilustración, dijo:

—¿Sabe el señorito la historia de este cuadro?

—No, no la sé.

—Parece un hombre, pero es una mujer. De veras. Se llamaba Juana de Arco. La historia dice que fue a la guerra vestida de hombre, y que así sirvió a su patria.

—¿Una mujer...?

Me quedé de una pieza. La persona que yo creía era *A*, resultó ser *ella*. Si aquel hermoso caballero era una mujer, ¿no quedaba todo reducido a la nada? (Incluso ahora siento repugnancia, profundamente arraigada y de difícil explicación, por las mujeres vestidas de hombres). Ésa fue la primera «venganza de la realidad» que la vida me deparó, y me pareció una cruel venganza que se cebaba sobre todo en las fantasías que acariciaba referentes a la muerte del caballero, de *él*. A partir de aquel día hice caso omiso del libro. Ni siquiera lo cogí. Años después descubriría la glorificación de la muerte de un bello varón en una poesía de Oscar Wilde:

*Fair is the knight who lieth slain  
Amid the rush and reed...*<sup>[1]</sup>

En su novela *Là-Bas*, Huysmans estudia el carácter de Gilles de Rais, encargado de la guardia de Juana de Arco, por real mandato de Carlos VII, y dice que, si bien no tardaría en pervertirse y cometer «las más refinadas crueldades y los más fuertes crímenes», el originario impulso de su misti-

cismo nació de ver con sus propios ojos los milagrosos hechos de toda suerte llevados a cabo por Juana de Arco. Y, aun cuando, en mi caso, produjo efectos de sentido contrario, suscitando un sentimiento de repugnancia, la Doncella de Orleans también tuvo un importante papel en mi vida...

Otro recuerdo es el del olor del sudor, un olor que me inducía a replegarme en mí mismo, que despertaba mis deseos y que me avasallaba...

Si aguzo el oído, percibo un batir ahogado y muy débil, amenazador. Al cabo de un rato, a ese sonido se une el de una corneta. Un sonido sencillo y extrañamente plañidero, un sonido de cánticos se acerca. Tirando de la mano de la niñera, la invito a que me acompañe a toda prisa, corriendo, enloquecido por el deseo de hallarme en la verja, sostenido entre sus brazos.

Se trataba de las tropas que pasaban por delante de casa al regresar de la instrucción. A los soldados les gustan los niños y siempre aguardaba con impaciencia el momento en que me regalaban cartuchos vacíos. Y, como mi abuela me había prohibido que aceptara semejantes obsequios por considerarlos peligrosos, el placer inicial quedaba aderezado con los goces de lo furtivo. El pesado sonido de las botas militares, los sucios uniformes y el bosque de mosquetones al hombro es espectáculo suficiente para dejar en fascinado grado sumo a cualquier niño. Pero a mí lo que me fascinaba era sencillamente el olor a sudor, que constituía un estímulo oculto bajo mis esperanzas de que me regalaran cartuchos.

El olor a sudor de los soldados —aquel olor como el de la brisa marina, como el del aire de la playa quemada por el sol hasta dejarla de oro— me intoxicaba al penetrar en mi olfato. Probablemente es mi primer olor en el recuerdo. No hace falta decir que en aquellos tiempos el olor no podía tener relación directa alguna con sensaciones de orden sexual, pero poco a poco y de manera constante y tenaz, despertó en mí un sensual deseo de realidades tales como el

destino de los soldados, la trágica naturaleza de su misión, los lejanos países que verían, las maneras en que morirían...

Estas extrañas sensaciones son las primeras cosas que encontré en la vida. Desde un principio las tuve ante mí en toda su verdadera y dominante integridad. Nada faltaba en ellas. En años posteriores, busqué las causas y los motivos de mis sentimientos y de mis actos, y una vez más nada faltaba en ellos.

Desde la infancia, mis ideas en lo tocante a la existencia humana jamás se han apartado de la agustiniana teoría de la predeterminación. Una y otra vez me atormentaron las dudas vanas —como siguen atormentándome en la actualidad—, pero consideraba que esas dudas eran sólo una especie de tentación de pecar, y seguí inmoviblemente fiel a mis convicciones deterministas. Me habían entregado, por así decirlo, un menú completo de todos los problemas que tendría en la vida, cuando, por mi corta edad, todavía no podía leerlo. Pero me bastaba con desplegar la servilleta y enfrentarme con la mesa. Incluso el hecho de llegar a escribir un libro tan raro como el que ahora escribo constaba con exactitud en aquel menú, y este hecho forzosamente tuvo que estar ante mi vista desde el principio.

La infancia es un período en el que el tiempo y el espacio se mezclan. Por ejemplo, las noticias que oía de labios de los adultos referentes a hechos ocurridos en diversos países —la erupción de un volcán o la insurrección de un ejército, por ejemplo—, y las cosas que ocurrían ante mi vista —las enfermedades de mi abuela o las pequeñas peleas familiares—, y los fantásticos acontecimientos del mundo de los cuentos de hadas en el que acababa de sumergirme, me parecían siempre tres clases de hechos del mismo valor y naturaleza. No podía creer que el mundo fuera más complicado que la estructura de un edificio de juguete, que los bloques de madera; ni tampoco que la llamada «comunidad social», a la que en su día tendría que incorpo-